

RICARDO LOZANO MANTECÓN | CIRUJANO DEL CLÍNICO |
Se ha jubilado este mes, tras dedicar toda su vida a la Medicina

«No me siento orgulloso, simplemente he cumplido con mi obligación»

Ha estado rodeado de bisturís y batas blancas desde que tuvo uso de razón. Su padre –el doctor Ricardo Lozano Blesa– le inculcó el amor por la Medicina desde su más temprana edad. «Vivíamos en la clínica y bajaba a cenar con la bata de cirujano, imagínese. Algo que a mi madre no le gustaba mucho, la verdad», recuerda. Tras medio siglo dedicado a «ayudar a la gente», se ha jubilado este mes, dejando parte de su impronta a las nuevas generaciones.

Jefe de Cirugía del hospital Clínico de Zaragoza, catedrático, pre-

sidente de la Asociación Española de Cirugía... Su currículum im-
presiona, no creo que le quede nada por hacer.

La verdad es que dentro de las cosas que tenía ilusión por desarrollar, he tenido la fortuna de haberlas podido hacer todas.

Puso en marcha el servicio de Cardiovascular, la unidad de congelados, es reconocido mundialmente en el tratamiento de quistes hidatídicos... ¿De qué se siente más orgulloso?

Orgulloso no me siento, he cumplido con mi obligación. Todo lo que he conseguido ha sido traba-

jando 14 horas al día y todo lo que he hecho, lo he hecho muy a gusto. Además, tuve la suerte de recibir una formación muy completa de mis padres.

Me imagino que llevar el apellido Lozano le habrá marcado.

Tuve mucha suerte de recibir esa formación y de que mis padres me inculcaran desde niño que estudiar y trabajar pueden ser divertidos y son gratificantes. Siempre me ha gustado estudiar. **¿Y qué le llevó a hacerse cirujano?**

Me decidí por la Medicina porque era como podía ayudar más a la gente. Mi padre tenía una clínica privada y en la planta baja, teníamos la vivienda. Allí, vi los inconvenientes de la profesión, sobre todo el que sea una especialidad tan intensa. Pero eso mismo te puede llegar a gustar, puedes llegar a quererlo. Me gustaba la Cirugía porque soy muy impaciente y en ella obtienes resultados inmediatos. La verdad es que tuve buenos maestros.

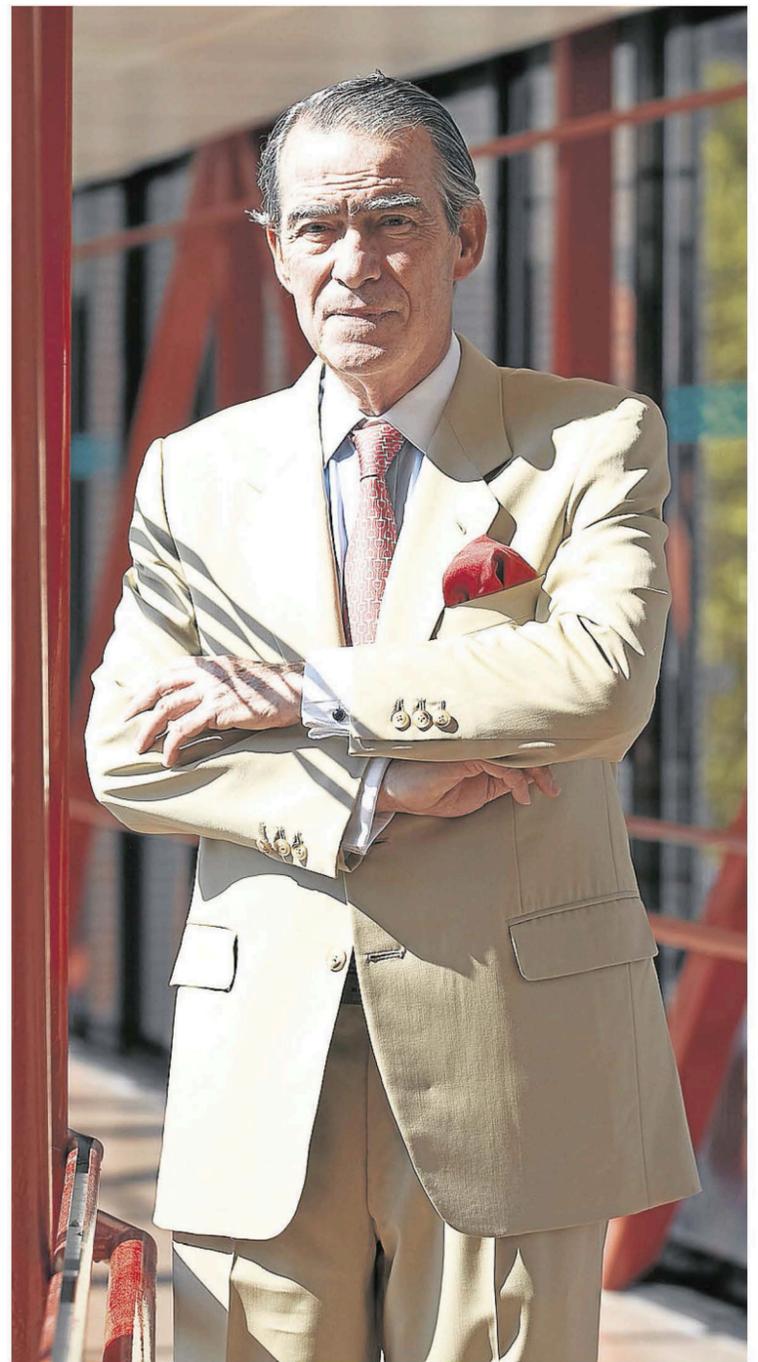
Uno de sus mayores logros es que creo la primera unidad de cuidados intensivos del hospital Clínico, ¿cómo recuerda esos años?

La puesta en marcha de la uci la recuerdo con mucho cariño, con mucha ilusión, porque era algo que no existía. Mi padre propuso a algunos de sus colaboradores que la montaran, pero no acababa de salir. Yo me fui a Estrasburgo y a Alemania, donde tuve la oportunidad de ver dos ucis y, luego, en Estados Unidos vi cómo funcionaban los respiradores. Al llegar, propuse su instalación. Al final, funcionó muy bien. Me ha gustado también siempre esa especialidad. El estar al filo de la navaja. Me gusta el desafío médico.

Pero también impulsó el programa de trasplante hepático en el hospital Clínico.

Fue otro desafío. Había quince unidades de trasplante hepático en España, pero el responsable del Clínico quería conseguirlo. Era difícil, porque al Ministerio de Sanidad no le interesaba autorizar otra. Zaragoza estaba bien comunicada con Barcelona, Madrid, Bilbao... **Pero el director general consiguió la autorización y decidió que la montara yo. Me imagino que serían años duros, ¿no?**

No se podía lanzar un programa que no tuviera buenos resultados. Fueron un par de años muy difíciles. Había que tomar decisiones personales, elegir a gente... Pero los resultados fueron muy buenos. Desde el momento en que se puso en marcha, en lu-



Ricardo Lozano Mantecón, en el hospital Clínico de Zaragoza. O. DUCH

LA SAGA DE UN APELLIDO

UNA ESTIRPE DE CIRUJANOS

Nieto e hijo de cirujanos (Lozano Monzón y Lozano Blesa), el doctor Ricardo Lozano Mantecón cierra la saga de un estirpe de ilustres y reconocidos profesionales en el ámbito de la medicina.

Los doctores Lozano Monzón y Lozano Blesa pusieron en marcha un centro para cirugía en el paseo de Sagasta. El centro Lozano permaneció abierto hasta el año 1977.

En la época de rector de la Universidad de Zaragoza, Lozano Blesa, además, con-

siguió para Zaragoza un nuevo hospital (de ahí, que posteriormente se decidiera que el Clínico de Zaragoza llevara su apellido).

«La verdad es que muy poca gente tiene la suerte de trabajar en un sitio que lleve el nombre de su padre. Es una satisfacción, porque fue algo muy merecido», asegura Lozano Mantecón, que ha intentado transmitir su legado a los numerosos residentes y alumnos que ha formado durante todos estos años.

HA

gar de 18 trasplantes al año, se hicieron 30 o 40.

Otra de las facetas más destacadas de su carrera es la de profesor, ¿le gusta casi tanto como la medicina?

El ser profesor era otro de mis proyectos. Creía que si daba todo de mí mismo intentando curar y todo eso se lo enseñaba a las nuevas generaciones, el trabajo invertido lo estaba multiplicando exponencialmente.

¿Y sus alumnos le han puesto en algún aprieto?

Yo he sido sincero. Cuando no he sabido algo, he dicho que no lo sabía. Eso sí, les decía que lo miraría

para la siguiente clase. Incluso invitaba al alumno a investigar por su cuenta... Dar clase siempre me ha producido muchas satisfacciones. Lo único que no me gustaba era corregir exámenes.

Pero seguro que recuerda alguna anécdota...

Una vez expliqué a mis alumnos el mecanismo biológico de reparación de fracturas, cómo se sueldan los huesos... Cuando acabé, hubo uno de ellos que levantó la mano y me preguntó directamente: «Si eso que dice es verdad, ¿por qué cuando se corta una pierna no vuelve a salir?»

C. FONTENLA